

EL NEOAISLACIONISMO AMERICANO

Todos los años se presenta un regateo entre el Presidente de los Estados Unidos y el Congreso acerca del presupuesto de gastos de «ayuda al exterior». Nunca los congresistas han dado tan terribles hachazos a las cifras presidenciales como lo han hecho este año; la reducción alcanza, aproximadamente, a la mitad. Hay unas visibles razones económicas en esta decisión —la lucha contra la inflación, la defensa del dólar y la balanza de pagos—; las hay de política interior y de política exterior. La renovación electoral de la Cámara de Representantes y de un tercio de los senadores se hará el 5 de noviembre, al mismo tiempo que la elección de Presidente, y los candidatos no quieren presentarse ante los votantes con la responsabilidad de haber decidido unos gastos que son crecientemente impopulares. El ciudadano americano tiene la sensación de que la ayuda al exterior se dilapida y no produce ninguno de los dos efectos que le suponen, que son la mejora de condiciones en los países ayudados y la creación de zonas de seguridad para Estados Unidos. Con respecto a la política exterior, la reducción de gastos es un nuevo paso en una progresión creciente del nuevo aislacionismo americano. El neoaislacionismo parte de la frustración de la idea de política global iniciada en la postguerra y se basa en la noción de coexistencia posible. Varios políticos americanos —entre ellos, los candidatos a la presidencia— han expresado ya sus matices personales respecto a este aislacionismo con bastante prudencia para evitar que se confunda con una retirada. En general, la idea es que los países supuestamente ayudados tomen mayores responsabilidades y no lo dejan todo en manos de Estados Unidos, como quien se entrega a la providencia. El «Plan Humphrey» para el Vietnam supone que los vietnamitas de Saigón deben acrecentar su esfuerzo de guerra para que lo disminuyan los americanos. (Vietnam no está incluido en estas reducciones presupuestarias. Los gastos de guerra son independientes. La mayor reducción corresponde a la «Alianza para el progreso», a los países hispano-americanos, que va disminuyendo poco a poco.)

El hecho de que esta disminución de gastos en el exterior corresponda a un momento en que se trata por todos los medios de reforzar la alianza atlántica aprovechando la coyuntura de la penetración soviética en Checoslovaquia parece dar a entender que los Estados Unidos no conceden una importancia excesiva al incidente y no aceptan las tesis alarmistas de su aliado alemán. Birrenbach, enviado especial del canciller Kiesinger a Washington, ha regresado a su país sin haber obtenido nada, aparte de la respuesta de que si Alemania Federal se considera amenazada debe soportar por sí misma los gastos que le ocasione un aumento de su defensa. Y, en efecto, Alemania Federal va a aumentar sus gastos militares, que van a pasar de un 4,6 por ciento de su producto nacional bruto a un 5,6 por ciento, con lo cual conseguirá —y éste puede ser uno de sus objetivos esenciales— el aumento de la amenaza por una razón bastante clara: cuanto más aumente la fuerza militar alemana federal, más fuerte será la presión soviética contra ella. Pero lo que desea Alemania del Oeste es un mayor compromiso de los Estados Unidos. Teme que aislacionismo y coexistencia sean una forma de abandono. Lo que Alemania Federal propone es «alquilar» fuerzas americanas. Está dispuesta a pagar los gastos del aumento de guarnición americana en su país, como está dispuesta a pagar fuerzas suplementarias de otros países europeos —de Francia, de Gran Bretaña—. Lo que quiere es no quedarse sola. Lo que teme es que en un futuro más o menos próximo pueda quedar incluida en una zona de desarme, en una zona neutral. La acción de Willy Brandt en la conferencia de países no nucleares que se celebra en Ginebra permanentemente, como paralela

a la de desarme, ha sido la de una desviación de las zonas desnuclearizadas hacia África y América Latina, pero no ha mencionado esta posibilidad en Europa. Uno de los medios de presión de que se vale el gobierno federal sobre su aliado norteamericano es el de negarse a firmar la ratificación del tratado de no proliferación del arma atómica en tanto no obtenga seguridades de que los Estados Unidos no piensan continuar su retirada de tropas de Alemania Federal, y que dejarán en ella sus bases atómicas.

Las necesidades de Estados Unidos no parecen coincidir. A pesar de sus declaraciones, continúan reforzando su material humano en el Vietnam. En la semana pasada han llevado un grupo de 750 hombres más. Su concentración de esfuerzos se refiere a Asia y no a Europa, y la crisis checoslovaca no ha variado este punto de vista. Las exageraciones alemanas sobre el peligro de guerra en Europa no han hecho mella. No se cree en él, pese a los deseos de los belicistas alemanes como Schroeder y Strauss, pese a la nota soviética a Bonn en la que le recuerda su «derecho de intervención» garantizado por los acuerdos de Yalta y de Potsdam y aun por la carta de las Naciones Unidas, en virtud de que Alemania Federal sigue siendo teóricamente un «territorio enemigo». A los veintitrés años de su derrota aún no se ha firmado ningún tratado de paz, y las perspectivas son las de que no se llegue a firmar jamás, en vista de que en él tendrían que discernirse cuestiones tan imposibles como la reunificación o la división definitiva de Alemania en dos, el estatuto de Berlín, su desmilitarización, su neutralización, las garantías de que no será nunca más un estado agresor...

La intención de los grupos de poder en Estados Unidos parece ser en estos momentos la de una revisión de su política global, probablemente la de una centralización militar en la «estrategia periférica». Estas intenciones nunca están claras, sino larvadas, en pleno periodo electoral, y se revelan en los meses, o aun en las semanas, inmediatas a la instalación del Presidente en la Casa Blanca, sea cual sea ese Presidente, en este caso concreto Humphrey o Nixon —Wallace no cuenta, a no ser para robar votos a Nixon—, para evitar que la alarma cunda entre la opinión pública, o simplemente que se pueda modificar el contexto electoral. El neoaislacionismo supondría una fijación exclusiva de los Estados Unidos en zonas de interés económico vital o importante, en puntos estratégicos que aún sigan siendo considerados como trascendentales para la seguridad del territorio propio de los Estados Unidos y, probablemente, dejaría a salvo su penetración en Asia en, por lo menos, dos puntos clave: Formosa, centro estratégico, y Japón, centro económico. La idea con respecto al Vietnam sería la de establecer una especie de cooperación, tácita o explícita, con la Unión Soviética para la pacificación definitiva del país mediante un gobierno neutral, que a los Estados Unidos no le importaría que tuviese una mayor orientación comunista siempre que fuese pro-soviética y declaradamente antichina. Este neoaislacionismo sólo podría realizarse mediante una serie de acuerdos con la URSS, y este camino es el que trata, a toda costa, de cerrar Alemania Federal tendiendo a acrecentar la crisis de Checoslovaquia, aun a costa de convertirse ella misma, como está ocurriendo, en el centro de esa crisis. El hecho de que la URSS dirija la parte principal de sus acusaciones por la «contrarrevolución» checa a Alemania Federal y no a Estados Unidos, el hecho de que los Estados Unidos se resistan a aumentar sus compromisos militares, económicos y políticos en Europa, son bastante significativos en estos momentos y ayudan a comprender que la verdadera naturaleza de la crisis es más bien verbal, aunque pueda convertirse en otra cosa si los esfuerzos alemanes triunfan.